

La plata de los fenicios

Thriller de misterio

- **EXTRACTO** -

Diego Marquéz

2026

Copyright © Diego Marquéz

Corner Shop, Camino de Aljambra, 04800 Albox, Almeria,
España

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o el uso de cualquier parte de este libro sin la autorización expresa y por escrito del autor.

Publicado en España

Tabla de contenido

El sacrificio de Baria.....3

El agujero en la torre.....5

La llamada en Granada.....15

La huella de tierra roja.....19

El sacrificio de Baria

Hace casi 3.000 años, en la desembocadura del Almanzora.

El hedor a plomo fundido, madera quemada y aire salino pesaba sobre la costa. En el muelle de la ciudad portuaria fenicia de Baria, la luz de las antorchas se reflejaba en las oscuras aguas del río, que en aquel entonces aún era profundo y navegable. Los poderosos barcos de Tarsis estaban listos. Sus vientres ya estaban llenos hasta los bordes con las riquezas que los comerciantes fenicios habían extraído de las montañas, muy adentro en el interior, en el actual valle del Almanzora, cerca de Albox. Toneladas de lingotes de plata cruda. Cambiados por cristal fino, telas púrpuras y cerámica preciosa llegada de Oriente.

Sin embargo, esa noche no se trataba de un negocio común. A la sombra de un altar improvisado para el dios Melkart, el poderoso patrón de los navegantes y del comercio de plata, estaba Hanno, un maestro fundidor fenicio. Sus manos estaban teñidas de negro por el hollín de los hornos de fundición de Albox. Ante él, sobre el altar, no había un lingote simple. Era

un objeto ritual, fundido en la plata más pura de la región, decorado con el rostro del dios Melkart y el símbolo del atún, el signo sagrado de Baria.

Un grito desgarró la noche. Traición. Guerreros íberos habían atacado los hornos de fundición en el interior, ávidos del metal que ellos mismos habían extraído. El asentamiento minero ardía. Hanno sabía que este objeto de plata sagrada, consagrado al dios, jamás debía caer en manos de los saqueadores. Estaba bajo una maldición implacable: a quien profanara la plata sagrada de Baria o la robara por codicia, Melkart le arrebataría la vida.

Con unos pocos fieles, Hanno huyó de la playa ardiente hacia el interior, siguiendo el curso del río hacia arriba, hasta donde los alfareros cocían las grandes tinajas de barro para el transporte de metal... hacia el valle de Albox. En una cueva profunda, escondida bajo lodo arcilloso húmedo, enterraron la plata maldita. Hanno juró ante el fuego eterno de Gadir que el tesoro del dios descansaría allí para siempre.

El agujero en la torre

El sol veraniego andaluz ardía como plomo líquido sobre la colina yerma sobre Albox. Era el tipo de calor que paralizaba literalmente el valle del Almanzora durante las horas del mediodía. El aire vibraba sobre el suelo reseco, y el suave viento que soplaba de vez en cuando desde la costa no traía alivio, sino que solo arrastraba el polvo fino y claro de la región. Arriba, en la cresta, se alzaban las ruinas de la Torre de la Aljambra. Los lugareños llamaban con respeto a la torre de vigilancia morisca del siglo XIII simplemente "La Roja", debido a la coloración rojiza de sus piedras antiguas. Durante siglos había desafiado al viento y a las inclemencias del tiempo, pero el paso del tiempo y la erosión habían dejado profundas cicatrices en sus cimientos.

Paco maldijo en voz baja cuando un chorro de sudor le cayó en los ojos. Se limpió la cara con la manga sucia de su camisa de trabajo y agarró con más fuerza la pesada barra de hierro. Él y sus dos colegas del servicio municipal de obras tenían el encargo de asegurar los muros deteriorados de la base de la torre antes de que las próximas lluvias de invierno hicieran que la

ladera se deslizara por completo. Era un trabajo agotador, polvoriento y duro. La hormigonera, a unos metros de distancia, zumbaba monótonamente, un ruido que a Paco le provocaba dolor de cabeza después de cuatro horas bajo el sol abrasador.

"¡Vamos, Paco, date prisa!", le gritó Juan, que estaba junto a la hormigonera mezclando cemento nuevo. "¡Si no terminamos la base antes del calor del mediodía, el mortero se secará antes de que toque las piedras!"

"Hago lo que puedo", gruñó Paco para sí mismo. Colocó la barra de hierro maciza en la parte inferior del cimientto, allí donde los sillares tallados por los moros hace siglos se unían directamente con la roca viva. Una piedra grande y cuadrada parecía suelta. Se había desplazado ligeramente hacia afuera con el paso del tiempo. Paco solo quería hacer palanca para sacarla y rellenar a fondo con cemento fresco el hueco que quedaba detrás.

Él puso todo el peso de su cuerpo contra la barra de hierro. El metal chirrió sobre la vieja piedra. Paco sintió la resistencia, respiró hondo y presionó una vez más con todas sus fuerzas. Un retumbar sordo y chirriante sonó desde el

interior de la mampostería. De repente, la resistencia cedió. El pesado bloque de piedra se desprendió por completo de la unión, resbaló con un estruendo fuerte y levantó una espesa nube de polvo rojo incrustado. Paco tosió, dio un paso atrás y agitó la mano frente a su cara para poder volver a ver algo.

Cuando el polvo se asentó, Paco miró al lugar donde había estado la piedra. Estaba a punto de buscar la paleta para preparar el mortero cuando se quedó petrificado. Aquello no era un hueco normal en el cimientto. Detrás no había escombros sueltos ni tierra desnuda. La piedra extraída había dejado a la vista una hornacina hecha a conciencia, construida artificialmente. Había estado oculta profundamente en el interior del cimientto, tan profundamente que los constructores moros de la Edad Media aparentemente habían levantado la torre directamente sobre este escondite, sin sospechar nunca lo que había bajo sus pies.

Paco se arrodilló en el polvo caliente. La curiosidad era más fuerte que el cansancio. Acercó la cabeza a la abertura y entrecerró los ojos. En la tenue penumbra de la cámara brillaba una forma redondeada. Parecía antinaturalmente lisa para ser una simple piedra.

Con cuidado, casi con miedo, metió el brazo en el hueco. Sus yemas tocaron una superficie rugosa y fría. Era claramente barro cocido. Abrazó el objeto con ambas manos. Era sorprendentemente pesado. Centímetro a centímetro, lo sacó de la oscuridad de la torre hacia la deslumbrante luz del día.

Cuando el objeto estuvo completamente sobre el suelo polvoriento, Paco contuvo la respiración. Ante él había una vasija de barro panzuda, perfectamente conservada. Estaba cubierta por una espesa capa de lodo rojo seco, pero la forma estaba intacta. El cántaro tenía un cuello estrecho y dos asas pequeñas elegantemente curvadas. Pero lo que hizo que el corazón de Paco latiera como loco fue el cierre roto de la jarra. Debido a la vibración de la palanca, el sello se había roto.

Paco apenas se atrevió a respirar cuando inclinó ligeramente el cántaro. Sonó un tintineo metálico. Dentro de la vasija de barro brillaban innumerables monedas pesadas y oscurecidas.

Con dedos temblorosos, metió la mano y sacó una de las piezas de metal. La moneda era gruesa, de forma irregular, pero poseía el inconfundible peso de la plata maciza. Frotó la

suciedad milenaria con el pulgar. La luz cegadora del sol alcanzó el metal y reveló un relieve. Mostraba el perfil marcado y potente de un hombre barbudo con un tocado de aspecto casi egipcio. Paco se quedó mirando aquello. No era historiador, pero como hijo de la región, una vez había visto ilustraciones de aquello en el museo local de Almería. ¡Era el rostro de Melkart, el antiguo dios de los fenicios! Giró la pesada moneda de plata. En el reverso se distinguía claramente el grabado fino y de bordes afilados de un pez. Era un atún, el antiguo símbolo de los comerciantes fenicio-púnicos en esta costa.

"¡Eh! ¡Juan! ¡Carlos! ¡Vengan aquí! ¡De inmediato!", gritó Paco, y su voz se quebró por la emoción.

Los otros dos trabajadores apagaron la hormigonera. El cese repentino del motor dejó un silencio casi inquietante en la colina. Se arrastraron hasta allí, visiblemente molestos por la interrupción.

"¿Qué pasa, Paco? ¿Has atrapado un lagarto o por qué gritas tanto?", bromeó Carlos mientras encendía un cigarrillo.

Pero cuando ambos vieron la hornacina en la

torre y notaron el rostro pálido de Paco, las risas se les quedaron atascadas en la garganta. Su mirada bajó hacia el cántaro de barro, de cuya abertura brillaba la plata mate bajo la luz del sol.

"Madre santa de Dios...", susurró Juan, dejando caer la pala, que chocó contra el suelo con un sonido metálico. "Paco... ¿qué demonios has sacado de la pared?"

Paco estaba a punto de agarrar una segunda moneda del cántaro para girarla bajo la luz, cuando Carlos dio un paso rápido hacia adelante y le dio un golpe brusco en la mano. "¡Quita las manos, Paco! ¿Te has vuelto loco? ¡No toques nada más de esa cosa!"

"Pero miren esto, ¡es plata pura!", replicó Paco con los ojos abiertos de par en par. "¡Esto debe valer una fortuna!"

"Justo por eso quitas las manos de ahí", replicó Carlos con voz severa, mientras miraba a su alrededor nerviosamente, como si alguien pudiera verlos en la colina abandonada. "Si saqueamos esto ahora o si desaparece aunque sea una sola moneda, mañana tendremos a la Guardia Civil y a la autoridad de patrimonio histórico encima. Entonces perderemos nuestro trabajo y terminaremos tras las rejas. Esto es un

hallazgo histórico. Vamos a dejar la cosa exactamente como está. Voy a llamar a Matteo. Está abajo en su taller en el pueblo. Ese es su trabajo".

Solo quince minutos después, los neumáticos de un todoterreno chirriaron al pie de la colina.

Matteo había estado sentado en su taller de restauración en el centro de Albox. Acababa de estar limpiando con lupa los restos filigranados de un documento morisco, rodeado de pinceles, disolventes químicos y el olor familiar a papel viejo y madera seca. Cuando sonó el teléfono y Carlos le contó con voz entrecortada el hallazgo en la Torre de la Aljambra, Matteo dejó todo lo que tenía entre manos. Ni siquiera cerró la puerta del taller, simplemente corrió hacia su coche. Desde entonces conducía como en trance.

Con pasos rápidos, casi apresurados, subió el camino empinado y seco hacia la torre. Su bolsa de herramientas de mecánica fina le golpeaba implacablemente contra la cadera, y el aire caliente le cortaba la cara. Ignoró el calor por completo. Su corazón martilleaba contra su pecho, no por el esfuerzo físico, sino por la premonición que le atormentaba desde la

llamada telefónica.

"¿Dónde está? ¡Muéstrenmelo!", soltó, incluso antes de haber saludado adecuadamente a los tres trabajadores que esperaban a la sombra de las ruinas de la torre.

Paco se hizo a un lado en silencio y señaló mudo la piedra plana y arrancada sobre la cual estaba el cántaro de barro bajo la deslumbrante luz del mediodía.

Matteo se arrodilló de inmediato. El pedregal rugoso se clavó dolorosamente a través de la tela de sus vaqueros, pero ni siquiera lo sintió. Olvidó a los trabajadores, olvidó el sol andaluz ardiente, olvidó el mundo entero a su alrededor. Sus ojos entrenados escanearon en segundos la forma de la jarra, la naturaleza del barro y la pátina oscura de las monedas de plata. Sus manos temblaron ligeramente mientras sacaba un par de guantes de algodón blanco de su bolsillo y se los ponía. Con la máxima precaución, como si se tratara de un recién nacido, se inclinó sobre el recipiente y se encajó la lupa de relojero en el ojo derecho.

Él observó el perfil marcado en la moneda superior. Vio el grabado característico, la barba del dios Melkart, y el fino trazado del atún en el

reverso.

"Eso... eso es absolutamente imposible", susurró Matteo, y un escalofrío helado le recorrió la espalda a pesar del calor extremo. Miró lentamente hacia arriba, hacia los muros rojos y deteriorados de la torre de vigilancia morisca, que se recortaban en silencio contra el cielo azul acero. "¿Aquí? ¿En la Torre de la Aljambra? ¿En pleno interior de Albox?"

Él se incorporó lentamente, con el rostro ceniciento. Sabía exactamente lo que significaba este hallazgo. Aquello no era un tesoro morisco ni un escondite olvidado de la Guerra de la Independencia española. Aquella era la legendaria plata de los fenicios, que durante milenios se había supuesto en el interior. Un tesoro que era más antiguo que la propia ciudad, escondido en un lugar que pondría patas arriba toda la historiografía del valle del Almanzora conocida hasta la fecha.

Mientras miraba inquieto a través del amplio y seco valle, sacó con mano temblorosa su smartphone del bolsillo y marcó un número que conocía de memoria. Pasaron segundos agónicos hasta que al otro lado sonó el tono de llamada.

"¿Raffael?", dijo Matteo con voz temblorosa, cuando su amigo en Granada finalmente respondió. "Deja todo lo que estés haciendo. Recoge tus cosas. Tienes que venir a Albox de inmediato. Acabamos de sacar un maldito gran misterio de la tierra... y te necesito aquí. Ahora mismo".

La llamada en Granada

"¿Monedas? ¿Estás absolutamente seguro, Matteo?", la voz de Raffael al otro lado de la línea casi se quebró, y el fuerte y monótono ruido de las manos libres revelaba que ya estaba en el coche y había encendido el motor. "¡Hoy en día ya no se encuentra plata fenicia así como así en la mampostería! La mayor parte fue fundida por los romanos hace dos mil años o está enterrada profundamente en las tumbas de roca de Villaricos, en la costa. ¡Si eso es auténtico, Matteo, si esos grabados son genuinos, entonces en Albox se está cociendo algo grande!"

"Simplemente ven, Raffael. Estoy justo en la ruina de la Torre", replicó Matteo y miró nerviosamente al cántaro de barro, que pesaba sobre la piedra plana. "Sé lo absurdo que suena. Pero es real. Maldita sea, tengo a Melkart en mis manos".

"Estaré allí en dos horas. ¡Mantén la posición y no toques nada más sin guantes!", gritó Raffael excitado, y el clic abrupto de la línea terminó la conversación. Ya estaba en la autopista hacia Almería, con la mirada fija en la aguja del

velocímetro.

Matteo respiró hondo y guardó el teléfono en el bolsillo. Ahora tocaba: mantener la cabeza fría, ser profesional y asegurar el hallazgo antes de que la noticia corriera por el pueblo. Los tres trabajadores lo observaban con ojos de lince, los brazos cruzados, los rostros llenos de una expectativa incrédula.

"¿Y?", Paco rompió finalmente el silencio y señaló el cántaro. "¿Qué hacemos ahora con eso?"

"Lo aseguraremos", dijo Matteo con voz firme. Se ajustó más sus guantes de restaurador, suaves y blancos, y sacó su cámara réflex profesional de la bolsa de transporte. Metódicamente comenzó a documentar el lugar del hallazgo. Fotografió el agujero en la torre desde diferentes ángulos, la estructura del mortero expuesto y, finalmente, la posición exacta del cántaro tal como había estado en la hornacina. Cada detalle, por pequeño que fuera, podía ser de un valor incalculable más tarde para descifrar el enigma.

Cuando tuvo suficientes tomas, se arrodilló de nuevo. Con la máxima precaución, cuidando de no dañar la frágil pátina, levantó el pesado

cántaro panzudo. El sordo tintineo metálico de las monedas de plata en el interior le envió de nuevo un escalofrío por la espalda. Depositó cuidadosamente el recipiente en una caja de transporte acolchada, que siempre llevaba en el maletero para artefactos delicados. Sintió el enorme peso de la plata, era incomprensible que este tesoro hubiera sobrevivido todos esos siglos, oculto a los ojos del mundo.

Con pasos lentos y pausados, llevó la caja a su todoterreno, la dejó cuidadosamente en el asiento trasero y cerró el coche. Se despidió de los trabajadores, les insistió una vez más en la absoluta confidencialidad y bajó a velocidad moderada la colina polvorienta, pasando por las estrechas calles hasta llegar a su taller en el centro de Albos.

Cuando Matteo metió el coche solo veinte minutos después en el sombreado patio interior del taller y apagó el motor, apenas podía creer lo que veían sus ojos. Allí ya estaba aparcado un coche conocido y polvoriento con matrícula de Granada.

Raffael Moreno estaba apoyado en la puerta del conductor, con los brazos cruzados sobre el pecho. Debió haber hecho el recorrido sinuoso

por las estribaciones de la Sierra a través de la autopista en un tiempo récord absoluto. Su cabello estaba revuelto por el viento del viaje, sus ojos bien abiertos por la adrenalina y la emoción. Los dos amigos no se habían visto desde su último gran caso, pero no era día para abrazos largos ni cortesías. El aire estaba electrificado.

"¿Dónde está?", preguntó Raffael sin aliento y se acercó inmediatamente al coche de Matteo, incluso antes de que este bajara del todo.

Matteo no pudo evitar una leve sonrisa, bajó del vehículo y pulsó el botón del mando a distancia para abrir el maletero. "Tan impaciente como siempre, Raffael. Mejor ayúdame. Llevaremos la caja directamente dentro, al vellón del laboratorio. Entonces te mostraré el mayor milagro que este valle ha escupido jamás".

La huella de tierra roja

En el taller de Matteo, las brillantes luces halógenas zumbaban incansablemente. La cortina que daba al patio estaba cerrada para evitar miradas curiosas. La vasija de barro fenicia se encontraba ahora en el centro de la estancia, sobre un vellón limpio y blanco, rodeada de pinceles, calibres, kits de análisis químico y microscopios de alta resolución.

Raffael había tirado su chaqueta descuidadamente sobre una silla, se había remangado las mangas y miraba el recipiente antiguo como hipnotizado, mientras Matteo raspaba con cuidado, usando un escalpelo fino, una pequeñísima muestra de la tierra seca del fondo del cántaro.

"¿Y bien? ¿Qué te dice tu ojo experto, Matteo?", preguntó Raffael con impaciencia, tamborileando los dedos sobre el borde de la mesa. "No es una arcilla común, ¿verdad?"

Matteo colocó la minúscula miga de tierra roja bajo el microscopio digital, cerró un ojo y ajustó el enfoque. En la pantalla conectada apareció la estructura aumentada mil veces.

"Definitivamente no es arcilla morisca", murmuró

Matteo mientras analizaba la densidad de las inclusiones minerales. "Los moros utilizaban para sus objetos cotidianos y los ladrillos de la torre una mezcla completamente distinta, más fina y cocida de otra manera. Esta es basta, extremadamente rica en óxidos de hierro y posee esa coloración roja brillante tan típica". Se irguió, retiró la lupa y miró a Raffael directamente a los ojos. "En todo Albox solo hay un lugar donde se ha utilizado exactamente este filón de arcilla específico durante siglos".

Raffael arqueó las cejas y el reconocimiento se reflejó en su rostro. "La tradicional alfarería de la calle San Leonardo".

"Exacto", asintió Matteo mientras guardaba con cuidado el cántaro en la caja de transporte. "Desde 1726 en manos de la misma familia; la gente de allí conoce por su nombre cada puñado de tierra en este valle. Si alguien puede decirnos de dónde proviene este cántaro y cuál es la composición de esta tierra, son ellos".

Pocos minutos después, los dos amigos cruzaban el sombreado portal de madera del taller tradicional en la calle San Leonardo. El olor familiar y terroso a barro húmedo, viejas estanterías de madera y el humo agrio de los

hornos de cocción los recibió. En las estanterías que llegaban hasta el techo se alineaban incontables cántaros, platos y vasijas tradicionales, una artesanía que apenas había cambiado durante generaciones.

El viejo maestro alfarero, cuyas manos estaban profundamente marcadas por décadas de trabajo con la tierra de la región y teñidas de gris por el lodo de arcilla seco, levantó la vista de su torno giratorio. Reconoció a Matteo al instante y se limpió las manos en su pesado delantal cuando Matteo dejó la caja acolchada sobre la mesa de trabajo de madera.

"¡Matteo, amigo mío! ¿Qué te trae a estas horas?", preguntó el maestro sonriendo. Pero la sonrisa se le congeló en los labios al instante, cuando Matteo retiró el paño protector y reveló el hallazgo.

El alfarero se acercó despacio, casi con reverencia. Sus ojos se entrecerraron, respiró con dificultad y, en el primer momento, no se atrevió a tocar el recipiente en absoluto. "Santa María... ¿De dónde habéis sacado esto?"

"Del cimientto de la Torre de la Aljambra", respondió Raffael escuetamente y dio un paso adelante. "El agujero en la torre lo dejó al

descubierto esta mañana".

Con una suavidad increíble, el maestro acarició con sus yemas rugosas la superficie del cántaro. Examinó la forma marcada del cuello, el grosor de las paredes y las líneas finas y profundamente grabadas en el vientre del recipiente. Sacó una lupa de un cajón y examinó la unión de la arcilla bajo la luz. Mientras tanto, toda la familia se había reunido en el taller; todos miraban en silencio y fascinados la reliquia milenaria.

"La edad exacta... no, eso no puedo determinároslo aquí en el taller sin equipos de laboratorio y un análisis de termoluminiscencia, por supuesto", murmuró el maestro alfarero negando con la cabeza mientras observaba el cántaro desde abajo. "Pero mirad este trazado de líneas arcaico. Eso no es técnica morisca, y tampoco es romano".

Levantó la vista y en sus ojos había un asombro profundo, casi inquietante. "La forma, ese adorno tan específico en el vientre del cántaro... y si decís que dentro había monedas de plata con el rostro de Melkart y el pez, entonces para mí no hay dudas. Este recipiente es inimaginablemente viejo. Puede tener fácil y

tranquilamente mucho más de 2.000 años. Proviene de la época en que los primerísimos comerciantes fenicios extraían la plata cruda de nuestras montañas. Es la tierra de nuestro valle, moldeada hace milenios".

Matteo y Raffael intercambiaron una mirada seria y elocuente. Mucho más de 2.000 años. Eso significaba que no solo estaban ante un hallazgo arqueológico sensacional; acababan de abrir la caja de Pandora, un secreto milenario que se adentraba más en la historia olvidada de Albox de lo que jamás un historiador habría creído posible.